

LAS ÚLTIMAS HORAS CON MI PADRE



Presidente Allende y su hija María Isabel Allende Bussi, socióloga. Entrevista de Antonio Martínez. Hoy, Santiago, 19-25-X-1983, publicada con el título: "La hija de Allende".

Es sin duda un mujer atrayente. Alta, morena, ojos azules. Vive mirando hacia el futuro, aunque nadie le podría reprochar que se hubiera estancado hace diez años, el 11 de septiembre de 1973. Isabel Allende Bussi, la menor de las hijas de Salvador Allende, permaneció durante varias horas de ese día decisivo en el Palacio de La Moneda. Un día -según cuenta- que la marcó por toda la vida.

Socióloga, divorciada, dos hijos, 38 años, vive en México su exilio junto a lo que queda de la familia Allende. Su hermana mayor, Carmen Paz, y su madre, Hortensia, también residen en la capital azteca. En la misma ciudad, cada una arrienda su departamento. Acota con humor: "Como dicen en Chile, juntos pero no revueltos".

El 7 de agosto de 1973, Isabel concurrió al entierro en Viña del Mar, de Isabel, la hermana mayor de su padre. Laura Allende, ex parlamentaria socialista, se suicidó en Cuba hace algunos años: "Laurita, el día 11,

no tuvo mi suerte y no pudo llegar a La Moneda y tampoco la dejaron pasar hacia Tomás Moro. Fue una serie de desencuentros angustiosos. Estaba muy cerca de mi padre; él siempre protegió a sus dos hermanas, especialmente a Laurita que, desde muy joven tuvo cáncer. Vivió momentos terribles. Un sobrino, que es demócratacristiano, la apoyó y la tuvo en su casa. Pero le hicieron la vida imposible; catorce veces allanaron su casa en menos de dos semanas y sólo por molestar. Luego el exilio y su muerte".

Cuenta que los amigos personales de Salvador Allende siguieron entregándoles su más total lealtad, "porque eso va más allá de partidos y familias, es una hermandad que está por encima de todo". La casa de la familia Allende está arrendada a particulares y la de verano, en Algarrobo, la acaban de vender: "Esa casa estuvo tres años en manos de la DINA y por esas cosas raras que ocurren en Chile un día llamaron a la secretaria de mi padre y se presentaron: "Somos de la



Allende, Isabel y un delegado árabe en el Congreso del PSCH, Chillán, 1967.

DINA y acá están las llaves de la casa". La habían destrozado, hasta las tapas de los excusados faltaban, no sé qué hicieron con ellas".

-¿Qué pasó con la residencia de Tomás Moro?

-Nunca nos fue devuelto nada. Muchas cosas allí eran objetos personales de mi padre. Lo más maravilloso era una colección de arte precolombino que Guayasamín se encargaba de surtir como loco. Un abogado en Chile dejó constancia del hecho, más bien como testimonio histórico. Este profesional se ha portado increíblemente bien con nosotros y jamás ha querido cobrar. Recién en 1977 pudo conseguir un certificado de defunción de Salvador Allende; no había hasta esa fecha ningún certificado legal que acreditara su muerte y era imprescindible, desde el punto de vista familiar, para la posesión efectiva.

-¿Ha podido volver a Chile?

-Hace unos nueve años, en términos muy dignos, solicité formalmente el poder ingresar a mi país. Recibió la petición un asesor jurídico del Ministerio del Interior, pero nunca hubo respuesta. Quería dejar constancia de mi derecho, no para radicarme definitivamente, sí para pasar unos meses allí y otros en México. Para mí sería muy difícil caminar frente al Palacio de La Moneda; no sé cuáles serían mis sensaciones. Creo que dentro de Chile hay cosas nuevas, fluidas, dinámicas. Desde fuera se ven de otra manera, es diferente observarlas allá mismo. Pero lo importante no es quedarse con fijaciones, hay quienes piensan como una película que se detuvo, no se dan cuenta que han pasado más de diez años y que ocurren ahora cosas nuevas, distintas.

-¿Se refiere a una política nueva, con políticos nuevos?

-Quiero decir que la política en el mañana va a ser hecha de una manera bastante poco tradicional. Los partidos tendrán que ser capaces de entender que deben incorporar nuevas formas de expresión, encontrar un lenguaje nuevo para los jóvenes. Deben tener la sensibilidad de buscar nuevas formas de hacer y practicar la política y espero que muchas cosas queden atrás.

-¿Qué piensa de la situación chilena actual?

-Económicamente es tan grave que, más que hoy, me preocupa el mañana. La solidaridad la necesitaremos mañana para levantar a un país destruido. Debemos pensar en cómo marchamos todos juntos para levantar a Chile. La honestidad que se va a necesitar para decirle a gente que todas las expectativas, que son tan justas, tendrán que esperar; que el cinturón hay que apretárselo colectivamente. Con años recuperaremos al país. Hay que emplear un lenguaje nuevo, un lenguaje honesto que no se conocía.

-¿Cómo ve hoy en el país una transición hacia la democracia?

-No puedo visualizar ni parece manejable imaginar un cambio hacia la democracia en las actuales condiciones. Podría haber un periodo de transición civil-militar, pero sin Pinochet.

-¿Qué opina del proyecto de la Alianza Democrática?

-La salida para Chile es conseguir la fórmula para que termine el actual régimen. Estoy de acuerdo con el proyecto de Alianza Democrática, atribuir a todos las responsabilidades durante esa transición de 18 meses, convocar una Asamblea Constituyente y luego que cada fuerza política adquiera su identidad propia. Pero es necesario asumir ese compromiso por 18 meses. Para mí es enteramente correcta la postura de

la AD. No deseo más matanzas, estoy en desacuerdo con la violencia, más todavía cuando se están dando pasos pacíficos.

-El PC no participa del proyecto de la AD. ¿Cuál es su juicio?

-Es lamentable que no estén todas las fuerzas políticas, yo quisiera que más adelante se incorporara el PC. Lógicamente es difícil, están las discrepancias del pasado, pero no me parece conveniente que se presente al PC como una alternativa de la AD; tienen más fuerza si se presentan todos unidos. No veo claro eso del Movimiento Democrático Popular (MDP) porque no es una alternativa.

-Pero el PC decidió seguir otro camino (...)

-Por eso encuentro que es correcta la postura de la AD. Es necesaria una definición del PC y en ese planteamiento tienen que estar dispuestos a asumir un camino. Si se asume, se asume la metodología y todo, se asume que no está invocándose la violencia armada, que se invoca y se apoya una transición que culmina con elecciones. Está trazada una metodología y un camino. Hay que optar. Si estoy aquí o allá. El PC tiene que reconocer un camino, es necesaria una definición del PC.

-¿Dónde ubicaría usted al MIR en este proyecto nacional y en la transición?

-El MIR no reconoce una metodología común, no está por la transición, está buscando otro camino. Temo mucho que el MIR nos vaya a crear grandes problemas el día de mañana. Por la posición que tiene hoy, el MIR, claramente, no puede estar dentro de este pacto nacional.

-¿Qué opinión le merece el atentado contra Carlos Urzúa?

-Estoy en total desacuerdo con actos de esa naturaleza.

-¿Sigue siendo militante socialista?

-Lo fui hasta el año de 1979. Cuando se dividió el PS dejé de militar. En un proceso de división surgen pasiones, recriminaciones, poca claridad. Son cosas naturales pero complicadas. Siento que represento una cosa que va más allá, que es el nombre de Salvador Allende.

-Sin embargo, Salvador Allende militó en el PS toda su vida...

-El nombre de Salvador Allende ya no tiene fronteras, ni siquiera nacionales. Es mucho más universal y desde el punto de vista partidario está mucho más allá. En las condiciones actuales, mirando mi futuro, pienso mantenerme independiente, pues me da un margen de autonomía frente a cualquier organización, frente a cualquier división, planteamiento o acción.

-Remontándonos en el tiempo: ¿cómo logró entrar ese día a La Moneda?

-Creo que fui la última en llegar. Detrás de mí se cerraron las aldamas. Me acuerdo que decía por las calles: "Lo siento mucho, soy la hija del Presidente Allende, voy a La Moneda", Me miraban con estupefacción y me dejaban seguir. Había un tiroteo de locos, con tanques. En la única pieza bajo nivel que suponía cier-

ta protección, estábamos las mujeres. Bajó dos veces, a hablar con nosotras. El hecho que estuvieran dos de sus hijas, y además otras mujeres, lo tenía alterado. Me asombraba esa contradicción, una serenidad impresionante en cierto sentido, pero le alteraba la presencia nuestra. Le insistíamos en que teníamos derecho a quedarnos, que no íbamos a irnos. Y si finalmente dejamos La Moneda fue porque lo veíamos alteradísimo con nuestra presencia. Mis recuerdos son muy confusos, más bien percepciones, es probablemente un mecanismo de defensa. Recuerdo que decía no querer muertes inútiles. Así como los procesos necesitan líderes consecuentes, se necesita también de alguien que se cuente al mundo lo que ha pasado. Voces que sean escuchadas. "Ustedes", nos decía, "van a ser un símbolo, las van a necesitar vivas". Era su argumento y creo que tenía mucha razón.

-¿No dudó en ningún momento sobre qué actitud debía tomar?

-Me da tristeza recordar cosas. Pero, por otro lado, no habría tenido fuerzas todos estos años si no hubiera estado en La Moneda. Fue tal la serenidad, la conciencia, decisión y lealtad de mi padre, que eso me marcó para toda mi vida.

-¿Ustedes querían quedarse junto a él para combatir?

-Combatir es una palabra que me queda grande. Jamás en mi vida he empuñado un arma; era una disposición de quedarnos allí, en parte porque vimos la disposición de Salvador Allende: "Éste es mi lugar y aquí me quedo", nos dijo. Nos convenció de partir. La Payita se quedó y, al final, logró esconderse tras un biombo. Salimos ocho.

-¿Cuál es la última imagen que guarda de La Moneda?

-Morandé 80, la pequeña puerta, un abrazo y una palabra. El nudo de él y el de nosotras era indescriptible. Salimos. Había silencio y una soledad total, venían los aviones para el bombardeo. Cruzamos a la Intendencia y empezó el bombardeo. Hubo cosas increíbles en La Moneda hasta ese momento. Los teléfonos nunca dejaron de funcionar. Me acuerdo del "Coco" Paredes, de Carlos Jimeno, de la gente que murió. Agarraban el teléfono y se despedían de sus familias y amigos con las últimas palabras que cada uno consiguió expresar.

-¿Cómo huyeron de allí sin ser apresadas?

-Cuando terminaron de pasar los aviones empezamos a avanzar hacia el cerro Santa Lucía, por calle Moneda. Imposible entrar en los edificios; sobrevino el pánico de los porteros, dejaban entrar sólo residentes. Pero nadie nos reconoció. Había un tiroteo infernal, pero no nos disparaban a nosotras y así fuimos caminando pegadas contra la pared. Recuerdo sí que entramos a un hotel, había habitaciones y pensamos alojarnos allí. Pero estaba una radio encendida y allí escuchamos que habían bombardeado Tomás Moro. Pensé en "Tencha" y me puse a llorar. Los del hotel se dieron cuenta que algo pasaba y nos echaron. Por fin llegamos al cerro Santa Lucía, sentí que nos alejábamos, que se cerraba una puerta entre La Moneda y nosotros.



María Isabel Allende; desde muy joven se incorporó a las luchas de su padre por la democracia socialista.

-¿Cómo continuó la huida?

-Hicimos dedo y un auto nos llevó. Llegamos a la Plaza Italia y allí tuve la percepción de lo que estábamos empezando a vivir: militares, camiones, gente detenida y muchos controles. "Taty" tenía siete meses de embarazo y fingió sentirse mal. Se acercó al auto de un oficial y la cosa funcionó porque nos dejaron pasar. Por suerte, el conductor tenía los papeles en orden. Nunca supe quién era y él nunca supo a quién llevó. Partimos rumbo al barrio alto y nos fuimos bajando.

-Beatriz se suicidó en Cuba hace unos años, ¿por qué?

-No quiero hablar mucho de esto, Beatriz nunca se conformó por haber salido de La Moneda, fue la que más resistió. Y con el tiempo y los años permaneció en ella la sensación de que no debió marcharse de allí, que debió quedarse con nuestro padre hasta el final. Le dolía haber salido, jamás se pudo conformar.

-¿Por qué su hermana mayor, Carmen Paz, no participa en política?

-No participa ni siquiera en viajes. Tiene un

problema de salud desde chica, una hemiplejía. Y ahora, a raíz de un accidente, una de sus dos hijas tiene dificultades de lenguaje. Vive concentrada en sacarla adelante.

-¿Cómo salieron de Chile?

-Nos asilamos en la embajada de México. De allí salimos en unos buses junto a varios funcionarios mexicanos y una escolta de militares. A manera de respaldo de la actitud del gobierno mexicano, seis o siete embajadores también nos acompañaron. Llegamos a México el 16 de septiembre por la tarde, justo en el día nacional. Nos recibió el Presidente Echeverría, su mujer y el gabinete en pleno, todos vestidos de negro, en el más riguroso luto. Me acuerdo que salimos de Chile con lo puesto: "Tencha" lo hizo con un pantalón y una chaqueta amarilla. Había mucha gente, especialmente jóvenes, que habían sobrepasado los cordones de seguridad. Era muy fuerte, impresionante, escuchar a esa masa gritar: "Allende, Allende, el pueblo te defiende", o "Allende está presente".